

Occidente como destino

(Variaciones sobre un tema weberiano)

JACOBO
MUÑOZ

M

ax Weber no alcanzó a vivir, desde luego, algunas de las «decepciones trágicas» —el fascismo, el estalinis-mo...— que están en la raíz de lo que Perry Anderson ha llamado el «marxismo occidental» (o marxismo de la derrota) o del pesimismo civilizatorio de la obra de madurez de los fundadores de la Escuela de Frankfurt. Pero sí elaboró, partiendo, a su modo, de Kant, de Marx y de Nietzsche, una compleja dialéctica —en un último juicio, *negativa*, con matices— del

progreso y de la Ilustración. Una genealogía y un diagnóstico, si se prefiere, de las patologías de la Modernidad, cuya poderosa racionalidad vertebradora y socio-constituyente reconstruyó de modo sumamente influyente.

Para Weber, el proceso histórico de la modernización occidental es, en efecto, un proceso de *racionalización* progresiva, de construcción y extensión de un «racionalismo del dominio del mundo», de aumento y difusión, en fin, de «la» racionalidad. Puede bien, en este sentido, decirse que «si el programa de la Ilustración fue la des-cralización del mundo» y este programa terminó revelándose como ambiguo, cuanto menos, el propio Weber ha sido uno de los analistas más lúcidos de esa ambigüedad. Que es, por otra parte, *todavía* la nuestra... En términos sumamente generales cabría decir que Weber —que pasa lenta pero decididamente del paradigma

«Para Weber, el proceso histórico de la modernización occidental es, en efecto, un proceso de racionalización progresiva, de construcción y extensión de un "racionalismo del dominio del mundo", de aumento y difusión, en fin, de "la" racionalidad.»



de la «economía política» al de la teoría de la acción— distingue entre varios ámbitos de modernización/racionalización que su análisis interrelaciona:

— *Modernización de la sociedad* (o racionalización social), esto es, el proceso por el que emergen la empresa capitalista y el estado moderno, cuyo medio organizativo —o uno de ellos— es el derecho formal positivizado.

— *Modernización cultural* (o racionalización cultural al hilo de la caída de las imágenes cosmológicas, religiosas y metafísicas *unitarias* del mundo), esto es, el proceso por el que acaban constituyéndose en sus líneas esenciales la ciencia y la técnica modernas, que pasan a ser metódicamente puestas al servicio de la economía, genuino *fatum* de la sociedad racionalizada, pero también el arte autónomo y una ética regida por principios de remoto anclaje religioso, cuyas ideas-eje se desgajan progresivamente y/o diferencian del derecho formal autonomizado).

— *Modernización de las estructuras de la personalidad* (o racionalización de los modos de vida, sometidos progresivamente al primado de un modo concreto: el *metódico*).

Cuando se habla aquí de «racionalidad» se habla de una «racionalización» en el sentido de la consecución metódica de un determinado fin práctico mediante el cálculo, cada vez más preciso, de los medios adecuados para ello, de una acción racional con arreglo a fines, si se prefiere. Que, en consecuencia, puede ser considerada desde dos perspectivas, la de los medios (racionalidad instrumental de los medios, técnica o mesológica) y la de los fines (racionalidad en la elección de un fin con arreglo a valores). (En este último sentido, de todos modos, una acción sólo puede ser «racional» en la medida en que no se vea ciegamente empujada por la pasión o guiada por tradiciones. Dicho de otro modo: esta racionalidad lo es respecto al valor cuya misión sería elegir ponderadamente entre diversos fines en litigio).

Lo primero a subrayar de este concepto de racionalidad, tanto en lo que hace al aspecto instrumental del mismo, como al relativo a la elección según valores, es, obviamente, su *carácter formal*, por contraposición al enjuiciamiento material del sistema de valores que subyace a las preferencias. Desde el punto de vista de esta racionalidad adjetivable como formal, lo que importará será, en consecuencia, que el agente sea consciente de sus preferencias, que precise los valores que le sub-yacen, que compruebe la consistencia de los mismos, etc. Las cuestiones normativas como tales quedan fuera de su radio. Por lo demás, Weber es escéptico en lo que hace a las mismas: considera que la decisión entre los distintos sistemas de valores —por más clasificados que vengan analíticamente— no puede ser motivada racionalmente. En última y definitiva instancia no hay, pues, a esta luz, una racionalidad («material») de los postulados de valor o de las convicciones axiológicas últimas, esto es, una racionalidad relativa a sus contenidos. (Lo único sus-

«Una acción sólo puede ser "racional" en la medida en que no se vea ciegamente empujada por la pasión o guiada por tradiciones. Dicho de otro modo: esta racionalidad lo es respecto al valor cuya misión sería elegir ponderadamente entre diversos fines en litigio.»



ceptible de racionalización —en este sentido— a propósito de una acción es la forma cómo los sujetos se orientan en torno a valores o justifican sus preferencias.

Así pues, y en resumen, Weber enjuicia analíticamente la racionalidad práctica bajo el triple aspecto de los medios a utilizar, la elección de fines y la orientación por valores.

— La *racionalidad instrumental* de una acción se mide por la eficacia en la planificación del empleo de medios para fines dados.

— La *racionalidad electiva* de una acción se mide por la corrección del cálculo de los fines para valores articulados con precisión y para medios y condiciones *dados* (acción estratégica), y, por último.

— La *racionalidad normativa* de una acción se mide por la fuerza unificante y sistematizadora, así como por la capacidad de penetración que tienen los patrones de valor y los principios que subyacen a las preferencias de acción.

Las acciones que cumplen los requisitos establecidos en los dos primeros apartados pueden asumirse como «racionales con arreglo a fines (*Zweckrationalität*); las que cumplen los requisitos estipulados en los tres, «racionales con arreglo a valores».

Son aspectos que varían en su interrelación. De coincidir plenamente, estaríamos, en cualquier caso, ante una racionalidad práctica plena. Sin llegar a ese óptimo caben, sin embargo, progresos en la dimensión de la propia «racionalidad con arreglo a fines», progresos capaces de fomentar, por tanto, lo que no es sino «una acción... cerrada a toda dimensión valorativa». Progresos, por tanto, a costa de la acción racional con arreglo a valores. En esta dimensión camina, a sus ojos, la cultura racionalizada de Occidente: en la dirección, pues, de una racionalidad instrumental y electiva relativa a fines que son, en última instancia, los del sistema. Fines prefijados, por así decirlo. Predeterminados.

Así pues, la racionalización «sistémica» que toma cuerpo en y con el proceso de modernización occidental (que es una con él), es una racionalización sujeta al aumento de la eficiencia económica o administrativa. Y, desde luego, vital. Si adoptamos ahora una perspectiva más amplia, nos encontraremos, pues, siguiendo a Weber con que racionalización es *imposición de un orden coherente y sistemático* sobre la diversidad caótica de situaciones, creencias, experiencias, alternativas de acciones, *sujeción a la formalización y universalización de la ley* en las modernas sociedades «burguesas», *extensión de las formas burocráticas de organización* (la burocracia es, en sí misma, un mecanismo de racionalización), y *aumento creciente* en coherencia, orden sistémico, cálculo (cuya extensión aumenta los límites de lo «calculable»: otra forma de racionalización...) y planificación sistemática. En lo que respecta a la interacción, la racionalización es una transición de las formas de acción social propias de la «comunidad» a las propias de la «sociedad», por de-

«En lo que respecta a la interacción, la racionalización es una transición de las formas de acción social propias de la "comunidad" a las propias de la "sociedad", por decirlo al modo de Tonnies.»



cirio al modo de Tönnies. Si la acción social «comunal» está orientada a tenor de normas tradicionales y características personales, la societaria se orienta a tenor de normas impersonales, promulgadas y generales, y está dominada por consideraciones instrumentales o estratégicas, bien sea en el contexto de las grandes (o no tan grandes) organizaciones burocráticas, bien sea en el de las relaciones del mercado.

La caída de las grandes visiones unitarias del mundo (en las que lo científico, lo jurídico-moral y el arte, hoy autónomo, aún no se habían escindido en esferas separadas), la desacralización (*Entzauberung*) del mundo natural y social, el primado de la racionalidad teórico-científica y el primado de la objetividad constituyen, pues, las connotaciones centrales de este proceso de modernización vertebrado por una *Zweckrationalität* omniabarcadora.

La identificación entre *racionalización*, en el sentido sumariamente definido antes de profundizar debidamente en él, y *modernización* es, sin duda, de abolengo ilustrado. Sólo que Weber no cree, desde luego, a diferencia de los ilustrados, que lleve a perspectiva utópica alguna. Ni en el sentido «intelectualista», propio de aquéllos, como acabamos de sugerir, ni menos en el emancipatorio del marxismo clásico (y no tan clásico). Más bien considera, de acuerdo con análisis asumibles como el correlato sociológico idóneo de la novelística de Kafka, por ejemplo, que tal ecuación lleva al encarcelamiento del hombre moderno en sistemas deshumanizados de nuevo tipo. La «jaula de hierro» weberiana se constituye así en el precedente obligado de la «sociedad cosificada», y aún de la cosificación como fenómeno general, de Georg Lukács, o de la «sociedad de la Administración Total» de los frankfurtianos...

El proceso de racionalización occidental encierra, en efecto, una entraña paradójica, en la que emancipación y cosificación se aunan. *Cosificación*, sí. En el sentido, además, de petrificación de algo fluido, vivo y orgánico. Porque «racionalización» es, en definitiva, para Weber un conjunto de tendencias interrelacionadas que operan en unos niveles diferentes (o en varios subsistemas) y que implican una *formalización* —o impersonalización de las relaciones—, una *instrumentalización* —como efecto de la universalización del cambio— y una *burocratización* en aumento, de acuerdo con una lógica interna o necesidad sistémica implacables, reveladoras, todas ellas, de la sustancia efectiva de aquello a lo que remiten: un estadio social en el que el ideal europeo del individuo autónomo se convierte cada vez más en un anacronismo y en el que las estructuras simbólicas que otrora apoyaron la formación de los «individuos autónomos» —de acuerdo, pongamos por caso, con el ideal de la *Bildung* goethiana— y el primado de una vida cargada de sentido —que es, en definitiva, el de una humanidad integral y bella— se desintegran en un pluralismo de elecciones de valor privadas y privati-

«Puede argumentarse que Weber sintoniza perfectamente con los diferentes intentos de "retorno a Kant" que han ido teniendo lugar hasta hoy mismo. Me refiero a los diferentes intentos de vuelta a la concepción del individuo como ser radicalmente racional.»



zadas en el marco general de una sociedad resultante de un proceso de desagregación social.

Weber da, pues, por posible que ese descubrimiento y esa creación ideal de la historia de la Europa Moderna que es el individuo autónomo desaparezca en una suerte de «egiptianización» de la sociedad o sobreviva, simplemente, en los márgenes de los sistemas despersonalizados.

Y a la vez, *emancipación*.

En realidad, cuando Weber habla de «racionalización» se mueve a un nivel descriptivo y analítico. Analiza, como hemos visto, con la ayuda de ese macroconcepto que tantas versiones hermenéuticas y tantas variaciones habrían de suscitar, la estructura y la génesis de las sociedades modernas, pero no renuncia a una última connotación normativa de ese concepto. Propia, en realidad, más bien de un concepto enfático, sustantivo, de Razón... Porque como el ilustrado que en definitiva es, siquiera se trate de un ilustrado desengañado de la noble herencia que asume, Weber no deja de pertenecer a una tradición europea en y para la que «ser racional», «crítico-racional», es una condición básica y una tarea de los seres humanos en cuanto tales seres humanos.

Y así, para Weber, todo ese proceso de *Entzauberung* que analiza —ese proceso en virtud del que surgen los sistemas secularizados de acción instrumental o estratégica y la destrucción de los sistemas de sentido presuntamente «objetivo» y que podría bien, en consecuencia, ser leído como el proceso de consumación del nihilismo europeo— no es sólo una pre-condición necesaria de la racionalización/modernización «europea», sino que representa también un logro cognitivo de tipo sustantivo, a través del que, o en orden al que, los límites de lo que podría llamarse «racional» se autodefinen. En el sentido de pasar, por ejemplo, «racional» a connotar «desencantado» (*entzaubert*). Porque «racional» pasa así, en efecto, a ser quien renuncia a buscar un significado o sentido objetivo de y para unos valores últimos en el mundo de los hechos empíricos. El que acepta, en fin, que el mundo está, objetivamente hablando, y como un todo, desprovisto —como ya subrayaba Nietzsche— de sentido. Independientemente, claro es, de que podamos darle segmentos de sentido mediante supuestos de cultura que, en y desde nuestra finitud, creamos. Que siempre serán, claro es, segmentos con sentido dentro de un todo que carece de él.

El proceso de racionalización es, pues, tanto un proceso de des-ilusio-namiento y desacralización, como un proceso de ilustración. Un proceso que lleva:

— a diferenciar o distinguir nítidamente, como ya sabemos, entre lo que son categorías y esferas de validez, esto es, entre lo factual, lo ñor-

**«Qué le queda a la razón
—parece obligado
preguntarse— sino desgarrarse
entre la opción de servir como
mero medio técnico de dominio
del mundo o de satisfacción de
los propios intereses y la de
confrontarse impotente con el
subjetivismo y relativismo
radicales del politeísmo de
valores.»**



mativo y lo expreso, ámbitos que en las sociedades tradicionales, en las que aún era posible una síntesis de ciencia, política y estética, aún estaban confundidos; y

—a hacer consciente, a señalar nítidamente la esfera de la práctica humana simbólicamente mediada como la única fuente de sentido y validez de la que nos es dado disponer, y, por tanto, como el único marco posible de referencia para los requisitos de validez intersubjetivos. Porque no hay, claro es, garantías externas para el sentido o la validez, lo que hace que toda creencia se convierta en un criterio o requisito de validez potencial para el que no cabe ninguna *roca dura* intersubjetiva, salvo la representada por la argumentación —si es que ésta es, en efecto, tal roca...

La *Entzauberung* es, por tanto, y del modo más consecuente, el proceso histórico al hilo del que han surgido las estructuras cognitivas capaces de apoyar una racionalidad específicamente moderna y de suministrar, en consecuencia, la base para *el desarrollo de la ciencia*, tal y como hoy la entendemos, para *la racionalización de la ley* a partir de una disociación nítida entre «legalidad» y «moralidad» y para *la emancipación del arte* respecto de vinculaciones externas a él —religiosas, de mecenas principescos, etc.—. Y enfrentarse al mundo como a un mundo desencantado y desacralizado es, para él, una cuestión de honestidad intelectual y moral. Pero *también* lo es el mantener una última relación indisociable entre racionalización —una concepción formal de la racionalidad— e ilustración —racionalidad como idea normativa. Pe ahí, pues, la paradoja de Weber.

Porque de acuerdo con todo este enfoque, una vez que las estructuras cognitivas de una conciencia desencantada se institucionalizan como sistemas secularizados del discurso cultural y de la interacción social, se pone en marcha un movimiento de racionalización instrumental o mesológica que tiende a socavar la base social de la existencia de los individuos autónomos o racionales. A colonizar, como luego dirá Na-bermas, el mundo de la vida:

«La imposición de formas de racionalidad económica y administrativa sobre esferas vitales que obedecen a las peculiaridades de la racionalidad moral y práctico-estética conducen a una especie de *colonización del mundo de la vida*. Me refiero con ello al empobrecimiento de las posibilidades de expresión y comunicación que, en la medida en que podamos verlo, son también necesarias en las sociedades complejas, a fin de que las personas puedan aprender a encontrarse a sí mismas, habérselas con sus problemas, y a resolver de modo colectivo sus conflictos, esto es, mediante la formación colectiva de la voluntad.» A pesar de su instintiva animadversión por las filosofías sustantivas (o metafísico-especulativas) de la historia, podría, sin duda, sugerirse que la teoría weberiana de la

«El énfasis en lo motivacional, con la conversión del deber profesional en trasunto del imperativo categórico kantiano, y el énfasis en la capacidad individual de acción de sentido a segmentos es un sinsentido global.»



«El proceso de racionalización occidental encierra, en efecto, una entraña paradójica, en la que emancipación y cosificación se aunan. Cosificación, sí. En el sentido, además, de petrificación de algo fluido, vivo y orgánico.»



racionalidad «moderna» conforma una filosofía *sui generis* de la historia, que si por un lado obliga, con su insistencia en la condición de *destino* de Occidente de aquélla, a pensar en Nietzsche, por otro recuerda, con su pesimismo, a Kant, de quien, sin embargo, le separa la renuncia a compensar tal pesimismo filosófico-histórico (y antropológico) con una teleología redentora doblada, en definitiva, de sociodicea. Que la humanidad se racionalice —aunque se trate, en principio, de una racionalización «occidental»— por obra de una lógica interna poderosísima, esto es, que salga de su minoría de edad autoculpable es, en definitiva, algo que si puede ser asumido como un acceder de la razón a su mayoría de edad, también desencadena una serie de procesos históricos que tienden, como hemos subrayado ya, a despersonalizar las relaciones sociales (lo que explica la fascinación que sobre algunos occidentales han ejercido «otras» civilizaciones), a desecar la comunicación simbólica y a someter la vida humana a la lógica impersonal de los sistemas racionalizados, anónimos, altamente administrados... Procesos que *mecanizan* la vida y le privan de libertad y de sentido, como subraya Weber al definir el capitalismo como «una esclavitud sin amos» desde la conciencia de que la vida económica no sólo produce «bienes» y servicios, sino que produce también tipos humanos y moldea sus interrelaciones. (Dadas estas tendencias, Weber nunca pensó que el socialismo fuera realmente una alternativa. Tal y como él lo percibió, sólo podría representar, en su hipotético triunfo, el triunfo último de la burocratización).

Sobre el latido nihilista de algunos aspectos de este enfoque —o su relación con el diagnóstico nietzscheano— poco habrá, sin duda, que insistir. La propia expresión «politeísmo de los valores» remite ya a ello: somos incapaces, de acuerdo con este planteamiento —¿o este diagnóstico?— de justificar *racionalmente* los valores últimos que guían nuestras vidas. Debemos elegir los dioses y los demonios a los que decidimos sacrificar y seguir... Y no podemos absolutizar ninguno de ellos, esto es, ninguna estructura particular de acción. Quiebra, pues, del sueño de una racionalidad integrada. Conciencia de la impotencia ética de la ciencia. Fragmentación.

Decisionismo, paralelo a la consciencia de que en lo esencial la capacidad y la necesidad de elegir son cada vez menores. Pesimismo.

Conciencia trágica.

De todo ello encontramos rastros, huellas, en uno de los pasos más cargados semánticamente de la obra de Weber:

«Uno de los elementos constitutivos del moderno espíritu capitalista, y no sólo de éste, sino de toda la cultura moderna, el modo racional de vida cimentado en la idea de profesión, es fruto... del es-

píritu del ascetismo cristiano... Cuando la ascesis salió de las celdas monásticas para ser transferida a la vida profesional y dominar el comportamiento en el mundo, contribuyó, en lo que estaba de su parte, a levantar ese poderoso cosmos del orden económico moderno, ligado a los presupuestos técnicos y económicos de la producción mecánico-maquinística, que hoy determina con fuerza irresistible el estilo de vida de todos los individuos que nacen dentro de ese engranaje —y no sólo de los directamente implicados en la economía—, y que lo seguirá determinando hasta que se haya consumido el último quintal de combustible fósil. Según Baxter, la preocupación por los bienes externos sólo debía pesar sobre los hombros de sus santos como "un ligero manto del que uno se puede despojar en cualquier momento"... Pero la fatalidad hizo que el manto se trocara en férreo estuche. El ascetismo se propuso transformar el mundo y ejercitarse en el mundo, de ahí que los bienes externos de este mundo alcanzaran un creciente poder sobre los hombres que acabó siendo un poder inexorable, como nunca se había conocido en la historia. Hoy su espíritu se ha fugado de ese estuche —quién sabe si definitivamente—; en todo caso, el capitalismo triunfante ya no necesita de ese sostén, pues ahora se asienta sobre fundamentos mecánicos... Nadie sabe todavía quién ocupará ese estuche en el futuro, o si al final de esta inmensa evolución surgirán nuevos profetas o se producirá un renacimiento de viejas ideas e ideales, o si —a falta de eso— se adueñará de todo una petrificación mecanizada guarnecida de algún tipo convulsivo de sentirse importante. En tal caso los últimos hombres de esta fase de la cultura podrán en verdad aplicarse esta frase: especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón. Estas nulidades se imaginan haber alcanzado una etapa de la humanidad nunca conseguida anteriormente.»

Puede, desde luego, argumentarse que Weber sintoniza perfectamente con los diferentes intentos de «retorno a Kant» que han ido teniendo lugar hasta hoy mismo. Me refiero, sobre todo, a los diferentes intentos a que hemos asistido (y asistimos) de vuelta a la concepción del individuo como ser radicalmente racional, idea que Weber desarrolla, ciertamente, en su exigencia de que el individuo llegue a convertirse en persona mediante una elección libre de los valores que han de articular su vida como «hombre de cultura» y posibilitar una dirección consciente de su vida. Que en Weber se traduce siempre en el escrupuloso cumplimiento del deber, del «condenado» deber (profesional). Sólo a través de una elección responsable y libre de los valores últimos que dan sentido a la vida, de un control racional y consciente de y sobre uno mismo y de la honestidad intelectual se puede llegar a ser *persona* (esto es, a ser capaz de autodeterminación consciente y crítico-ilustrada).

«Weber da, pues, por posible que ese descubrimiento y esa creación ideal de la historia de la Europa Moderna que es el individuo autónomo desaparezca en una suerte de "egiptianización" de la sociedad o sobreviva, simplemente, en los márgenes de los sistemas despersonalizados.»



«El proceso de racionalización es, pues, tanto un proceso de des-ilusionamiento y desacralización, como un proceso de ilustración. Un proceso que lleva a diferenciar o distinguir nítidamente, como ya sabemos, entre lo que son categorías y esferas de validez-»

Weber subrayó, además, esta idea a conciencia de su particular relevancia en una situación como la que él percibía implacablemente: una situación social y política marcada tanto por la desaparición del *individuo humano-eminent* y su subordinación a macroinstituciones sociales (los partidos de masas, la máquina burocrática, el trabajo anónimo de la gran fábrica...) como por la tentación irracionalista (y/o decisionista) vinculada al «nuevo politeísmo» en un mundo no dominado por otro valor último que el de cambio.

En la medida, pues, en que Weber apela —en esta vertiente positiva de su trabajo, tan curiosamente paralela, a pesar de todas las diferencias, a la correspondiente propuesta positiva de Nietzsche— al empeño que cada uno debe tener de crear sus valores en un tiempo carente de cultura subjetiva y vacío de fundamento, hay que

hablar, a propósito de él, de individualismo *ético*. Complementario, por otra parte, de su individualismo *metodológico*, como no podría ser de otro modo dado el continuo que en su obra componen el *anti-naturalismo* desde el que define la sociología como ciencia comprensiva capaz de dar cuenta de la acción social de los individuos y del sentido que éstos dan a su acción, el *énfasis en lo motivacional*, con la conversión del deber profesional en trasunto del imperativo categórico kantiano, y el *énfasis en la capacidad individual de dación de sentido a segmentos de un sinsentido global*.

Por otra parte, sin embargo, este individualismo ético de Weber, al igual que su (posible) operatividad efectiva, han de ser asumidos al lado de y junto a la reflexión que el propio Weber desarrolla en el capítulo último de *Economía y Sociedad* sobre el papel o función de un conocido mito liberal-ilustrado: la «glorificación carismática de la razón» (como él mismo —y una vez más no sin ambigüedad— lo caracteriza). Me refiero al paso de *Economía y Sociedad* en el que Weber sostiene que todos los derechos (y/o valores) que van conformando, entre otros factores, la Modernidad frente a la vida de las Edades Antigua y Media (derecho de conciencia, derechos humanos, del ciudadano, de propiedad, de libertad personal frente a los poderes públicos, etc.),

«encuentran su última justificación en la creencia propia de la época de la Ilustración, según la cual la razón del individuo, siempre que se le conceda vía libre, llevará al mejor mundo posible en virtud de la divina providencia y a causa de que el individuo es el que mejor conoce sus propios intereses».

Es obvio que Weber no cree ya en esa «armonía preestablecida»: su filosofía pesimista de la historia no se dobla, como ya sabemos, se so-ciodicea. Lo que da a su individualismo ético un tinte particularmente trágico, toda vez que roto ese «poder carismático de la razón», su legitimación y autoridad, ¿qué le queda a la razón —parece obligado preguntarse— sino *desgarrarse entre la opción de servir como mero me-*

dio técnico de dominio del mundo o de satisfacción de los propios intereses y la de confrontarse impotente con el subjetivismo y relativismo radicales del politeísmo de valores

Hada tiene, pues, de extraño que Weber se confesara un día convencido de la imposibilidad de ser hoy un ilustrado *tout court*: «También puede parecer haber muerto definitivamente la rosada mentalidad de la comente suce-sora del puritanismo: la Ilustración». Consecuencia lógica, desde luego, de la sustancia última de su filosofía trágica-pesimista de la historia, una filosofía en la que ésta es asumida como destino de la razón carismática, unitaria y sustantiva, que se autodestruye en aras de la universalización de una racionalidad puramente formal, cuyo triunfo será enseguida caracterizado como el triunfo mismo de la *razón instrumental*. Como la «dialéctica de la Ilustración», tal y como Adorno y Norkheimer vendrán a caracterizarla, será la resolución fuertemente negativa, elevada a concepto, de la paradoja de la racionalización we-beriana.

«Dadas estas tendencias, Weber nunca pensó que el socialismo fuera realmente una alternativa. Tal y como él lo percibió, sólo podría representar, en su hipotético triunfo, el triunfo último de la burocratización..»

